

# El Hispanismo Auténtico es el Mejor Indigenismo

Por ALFONSO JUNCO

Quisiera alumbrar este concepto, que suele andar tergiversado y confuso: porque las palabras mismas, —hispanismo, indigenismo—, parecen plantear una alternativa, facilitando de esta suerte el equívoco y tendiendo la emboscada.

Ello ocurre a menudo. Así, por filosófico ejemplo, materialismo y espiritualismo figuran como doctrinas antitéticas: mas no lo son con paralelismo exacto. Porque materialista es el que NIEGA el espíritu y reduce todo a materia; en tanto que espiritualista es el que afirma la existencia del espíritu, pero NO NIEGA, sino sostiene, la existencia de la materia. El materialista, pues, afirma la materia y niega el espíritu; el espiritualista afirma el espíritu y afirma la materia.

Más aún. El espiritualista cristiano proclama el respeto a la materia como hechura divina; propugna la entereza corporal; tiene por sagrada la vida, así la ajena como la propia, así la realizada como la posible; postula la reverencia al cuerpo humano como instrumento del alma y como templo vivo del Espíritu. Con todo lo cual, por curiosa mas no única paradoja, el espiritualista va a ser defensor de la materia y a exaltarla a una jerarquía que nunca podrá otorgarle el materialista.

\*\*\*

Cosa de algún modo parecida acontece con los términos de indigenismo e hispanismo.

El indigenismo —cierto indigenismo al uso, que acaso quiere monopolizar el título— suele prescindir del hispanismo y aun repudiarlo, quedándose así con el indio en vivas plumas.

El hispanismo, en cambio, al afirmar lo hispánico, afirma precisamente lo indígena, que no es ya cosa contrapuesta ni ajena a la Hispanidad, sino fundida con ella en una totalidad étnica e histórica objetiva por veinte pueblos.

El hispanismo católico —único hispanismo entero y verdadero, porque lo católico es la entraña misma de lo hispano—, ama y siente al indígena como cosa propia. No lo segrega sino lo incorpora. Quiere su mejoría y exaltación integral, como persona humana. No mira al indio como bicho raro sino como hombre.

Ese indigenismo adorador del dialecto y de la orejera y del collar, que busca ejemplares de indios como buscaría ejemplares de fauna exótica, huele mucho a novelaría y mentalidad de "reatación". Puede pasar para turistas. Pero resulta, a la postre, desagradable para los indígenas a quienes pretende exaltar.

El hispanismo, al revés, nutrido de católica savia, no entiende al indio como mitotería pintoresca, sino como dramática humanidad.

No ya hispanistas, sino hispanos, son cuantos iniciaron y arraigaron en América el conocimiento y la dignificación del indígena, su incorporación fraterna y sin repulgos a una comunidad más vasta y a una cultura superior. Todo ello respetando cuanto en los modos y costumbres indígenas era bueno o indiferente; corroborando con amor sus peculiares aptitudes y sus gustos nativos, y sólo repudiando las cosas inhumanas o inferiores: sacrificios sangrientos, antropofagia, idolatría, poligamia....

\*\*\*

Siguiendo las huellas de Isabel —que porque fue de veras la Católica fue de veras indigenista— la Corona de España defendió siempre a los indios ante los abusos y ferocidades engendrados por la guerra y el apetito dominador.

Un pariente de Carlos V viene a esconderse en un rincón de América —en el convento de San Francisco, de Méjico, cuna de la civilización del Continente—, y muere nonagenario, todo absorto en su portentosa tarea educativa. Es Pedro de Gante.

Del colegio franciscano de Tlaltelolco salen indios respetables y doctos, que saben de latin y de gobierno, que descuellan en la vida intelectual y social, como aquel don Antonio Valeriano, evangelista de la "buena nueva" de Tepeyac.

Don Vasco de Quiroga, primer obispo de Michoacán, junta a los indios en comunidades ideales, fomenta la limpieza de su alma y de su cuerpo, organiza el trabajo y la economía con un realismo tan certero y tan eficaz, que todavía al cabo de cuatro siglos deja huellas vivientes.

Un encomendero, Bartolomé de las Casas, siente el grito cristiano de su hispanidad, y deja a sus indios, y llega a obispo, y vélese feroz adalid de todos ellos. ¿Quién ha exagerado y vociferado contra los españoles con tan abrupta intemperancia —y tan respetada libertad— como él? ¿Y quién ha dicho más suaves y enamoradas cosas de los indios que otros también mitrados: Julián Garcés, el venerable Palafox?...

Escudriña Sahagún y registra acuciosamente la historia y peculiaridades de los nativos; la pléyade de los misioneros lleva luz científica al intrincado laberinto de las lenguas. Mas todo ello con calor vital: no para arrellanarse en la filología y el folklore, sino para lanzarse a la redención de aquellas almas humanas.

Lo que da nervio y profundidad al heroísmo de aquellos grandes indigenistas, es puntualmente lo que tienen de hispanos, lo que tienen de cristianos. La mera inspiración indígena sería impotente para esos frutos. Necesitábase precisamente la inspiración hispánica, la aportación providencial de la cultura y la religión que España trajo y consubstanció en nuestra vida.

Nadie es, pues, mejor indigenista que un buen hispanista. Quien desdeña o repudia lo hispanocatólico, podrá ser un selecto explorador del indígena como curiosidad; nunca un entrañable amante del indígena como hombre.

\*\*\*

Nosotros, justamente por nuestra herencia hispánica, jamás hemos sentido diferencias por el color de la piel: indios, mestizos, criollos, convivimos naturalmente y sin reparar en ello; nunca es la raza motivo de acrimonia ni de exclusión; lo mismo en la escuela que en la oficina, en el foro que en el ejército, en la mitra del prelado que en la silla del Presidente, pueden alternar y alternar, sin asombro ni repulgo de nadie, todos los "pigmentos".

Para avalorar esta excelencia, genuina y medularmente cristiana, que nos pasa inadvertida por lo mismo que nos es conatural, no tenemos sino volver los ojos a los Estados Unidos, donde, a despecho de la libre igualdad que en otros órdenes triunfa, vemos que los indígenas fueron destruidos y sólo subsisten en calidad de apartada rareza, como vemos que los negros constituyen clamorosa muchedumbre más o menos postergada. ¿Hay nadie que mire hoy como factible el que subiera a Presidente de los Estados Unidos un indio o un negro?

Pues esto, que no se tiene en los países de mayor auge democrático, y que implica un concepto primordial é ineludible para la dignificación del indígena, lo tenemos nosotros, y lo tenemos como herencia y mensaje de nuestra cristianísima hispanidad.

\*\*\*

Recapitulemos, volviendo a nuestro punto de partida. El espiritualista cristiano no niega la materia, sino la afirma y levanta a mayor jerarquía. De manera semejante, el hispanista cristiano no niega al indígena, sino lo afirma y exalta a verdadera sublimación.

Y así como el materialista que niega el espíritu, se incapacita para dignificar la materia, así el indigenista que niega lo hispánico, se incapacita para dignificar al indígena.

No hay, en suma, oposición entre indigenismo e hispanismo. Podrá haber variedad de dosis y de acentos en la estimación; podrá haber, de ambos lados, espíritus angostos que no abarquen y sobre todo que no vivan esta síntesis. Pero el hispanismo auténtico es el auténtico indigenismo.

ALFONSO JUNCO

Méjico, julio de 1956. — (EDICION DE LA LIGA DE ACCION SOCIAL. Con la autorización de su autor.)